

AGUA, BIEN COMÚN Y USOS PRIVADOS

Riego, Estado y conflictos
en La Achirana del Inca¹

Armando Guevara Gil

Considero que éste es un libro importante, que debe ser leído con mucha atención, porque marca un derrotero original para la investigación interdisciplinaria sobre la gestión, el uso y los conflictos del agua en el Perú a lo largo del siglo XX. Además, pienso que gracias a este esfuerzo de María Teresa Oré, se abren nuevas posibilidades de investigación que nos permitirán profundizar nuestros conocimientos sobre las transformaciones técnicas y sociales que se producen en un canal —en este caso, el de La Achirana del Inca, en el valle de Ica—, cuando hacendados, indígenas y estado generan una dinámica de

cooperación y conflicto por la administración de la infraestructura hidráulica y la distribución del recurso hídrico.

Se trata —como dirían los antropólogos— de una «etnografía densa» y situada, que tiene una clara vocación histórica. El contenido es muy detallado y preciso, lo que permite que el lector pueda ir formulando más preguntas que las planteadas por la propia autora.

¹ Oré, María Teresa, *Agua, bien común y usos privados: riego, estado y conflictos en La Achirana del Inca*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005, 246 pp., ISBN: 9972427331.

RESEÑA

Esa riqueza etnográfica está alimentada por el cuidadoso tratamiento del contexto social e histórico — tanto local como nacional—, en el que se produjeron las transformaciones en el diseño, trazo y uso del canal de La Achirana. El texto es interesante porque no se pierde en la anécdota ni en el detalle local *per se*, pues María Teresa emplea la historia del canal para conducirnos por la historia política, económica y social del Perú contemporáneo.

Para lograr ese balance entre la descripción etnográfica de la situación local, las transformaciones históricas y la identificación de las fuerzas económicas y políticas que influyeron en los actores involucrados en el manejo del canal de La Achirana, Oré recurre a una perspectiva interdisciplinaria poco utilizada en los estudios sobre el agua y el riego en el Perú: el enfoque socio-técnico. Esta forma de aproximarse a la historia del canal le permite superar la clásica dicotomía que todavía produce la inconmensurabilidad entre los estudios basados en las ciencias exactas y la tecnología y los inspirados por las ciencias sociales y las humanidades.

El agua no sólo es un tema de ingenieros o expertos en hidráulica. Su estudio y manejo integral demandan una aproximación interdisciplinaria por la propia naturaleza y complejidad del recurso. Es más, los fenómenos históricos y los procesos sociales de apropiación y

uso del recurso sólo son comprensibles cuando se ponderan los condicionamientos tecnológicos y el desarrollo de la infraestructura hidráulica. De ahí surge la necesidad de recurrir al enfoque socio-técnico —tal como lo hace la autora al estudiar La Achirana—. Sólo mediante la integración de diferentes disciplinas y métodos, la autora ha podido aprehender la complejidad del manejo del agua en ese canal, a lo largo de todo un siglo.

Esa empresa no es pequeña, por cierto, y conduce, evidentemente, a algunos sacrificios. Para los antropólogos que lean esta obra, por ejemplo, hubiese sido ejemplar que Oré analizara, en profundidad, el origen, transformaciones y usos del mito de La Achirana del Inca. O, desde el punto de vista de la sociología y antropología del derecho, hubiese sido muy importante que la autora se concentrara en estudiar la problemática de la pluralidad legal, la concreción social de las leyes oficiales y las estrategias legales que los actores desplegaron para solucionar sus conflictos por el agua del canal. Estas observaciones no apuntan a restarle mérito al libro, sino, todo lo contrario, a enfatizar la riqueza de su contenido y pistas de investigación, y a señalar la tensión entre el conocimiento especializado y el interdisciplinario.

Además de esa vocación interdisciplinaria e integradora, hay un compromiso que debe ser resalta-

ARMANDO GUEVARA GIL

do. El lector de este libro se dará cuenta, inmediatamente, de que ha sido escrito por una persona comprometida, que no sólo analiza la historia o los procesos sociales y políticos desde el punto de vista del científico que observa un objeto de estudio distante y delimitado. Está escrito por una autora comprometida, humana y políticamente, con los regantes y usuarios de La Achirana, por alguien que ha recorrido —isabe Dios cuántas veces! decenas de kilómetros— el canal principal, sus ramales, los pueblos y los campos de cultivo.

Esta aproximación tan personal de María Teresa le ha permitido identificar e identificarse con los avatares y problemas fundamentales de La Achirana, a lo largo de un siglo. Y gracias a ese conocimiento comprometido, plantear una serie de soluciones —capítulo 8—, que ojalá las autoridades locales, regionales y nacionales tomen en cuenta a la hora de enfrentar el álgido problema de la escasez del agua en Ica. Al respecto, uno de los problemas más agudos que Oré detecta en el valle —precisamente, debido a su perspectiva interdisciplinaria— es la pérdida del sentido de identidad en la sociedad iqueña actual.

Antes, todos los actores sociales del valle — así fueran hacendados (grandes, medianos, pequeños), indígenas o parceleros— se identificaban, finalmente, como «achirraneros» porque se nutrían del ca-

nal y participaban en su conservación y administración —mitas, faenas—; hoy, la urbanización del valle, la creciente presencia de inversores desarraigados y la explotación del agua subterránea —a través de pozos tubulares— han debilitado sus vínculos sociales y su sentido de pertenencia a una colectividad representada por La Achirana. Al demostrar cómo esa pérdida de identidad tiene repercusiones negativas en la infraestructura hidráulica y en la sociedad local, María Teresa reivindica nuevamente la utilidad del enfoque interdisciplinario; tanto para el análisis, como para el diseño de políticas públicas.

El trabajo de la autora se concentra en estudiar el manejo del agua y sus conflictos en un escenario en el que actúan cuatro actores fundamentales. El primero de ellos es el hacendado —pequeño, mediano o grande, según los estándares locales—, que ocupa las cabecezas del valle de Ica. El segundo, el indígena, reubicado desde la Colonia —merced a la política de las reducciones— en las partes bajas de los valles de la costa, porque eran las más alejadas de las bocatomas y también las más insalubres. Esta polarización territorial tuvo un impacto significativo sobre los derechos de agua asignados a la propiedad hispánica e indígena, y generó, además, un desbalance notorio en el acceso y distribución del recurso.

RESEÑA

Desde inicios del siglo XX, el estado se configura como el tercer actor principal en el valle y su presencia obedece a dos objetivos: interceder en los conflictos por el agua y modernizar la administración del riego no sólo en Ica, sino en los valles de la costa en general. Con el impacto de la reforma y la neo-reforma agraria, el pequeño propietario y parcelero —el cuarto actor— tercia en la disputa e incrementa el número de usuarios, complejizando las negociaciones y los procesos de asignación del agua. En este contexto, Oré resalta el papel desempeñado por la burocracia hídrica para imponer sus propios criterios de racionalidad y eficiencia a los actores locales. Las «olas» de modernización que promueve el estado no sólo incluyeron cambios administrativos —que se inician hacia 1910, continúan bajo la presidencia de Augusto B. Leguía y concluyen en el establecimiento de las Juntas de Usuarios y las Administraciones Técnicas—, sino también la expansión de la infraestructura hidráulica, gracias al aumento de la dotación derivada de la laguna de Choclococha —Huancavelica— y a las sucesivas prolongaciones de La Achirana para expandir la frontera agraria de Ica.

A lo largo de este proceso, se pueden notar los cambios en la política hídrica nacional, desde un rol pasivo hasta el de un actor que pretendió administrar directamen-

te el recurso y que, posteriormente, planteó un modelo participativo en el que las juntas y comisiones de regantes tienen un rol protagónico en la distribución del agua. En todo caso, las preguntas sobre cuál debe ser el papel del estado en la gestión del agua y qué debe hacer frente a las dinámicas locales y los desbalances de poder entre los usuarios del recurso, no han podido ser respondidas con claridad y firmeza hasta el día de hoy.

En este punto, la autora enfatiza la gran tensión que existe entre la naturaleza colectiva del manejo del agua y el uso privado o individual que se le da al recurso. Esta es, precisamente, la dicotomía que la autora emplea para «leer» lo que ha ocurrido a lo largo del siglo en el valle de Ica. Al inicio del período estudiado, Oré detecta un acomodamiento, un balance entre los poderosos regantes de la cabecera del canal y los indígenas y comunidades de la parte baja. Si bien los hacendados de las partes altas del canal tenían un acceso privilegiado al agua, las necesidades técnicas y sociales los obligaban a manejar el canal de manera colectiva, es decir, con la participación de los indígenas.

Por ello, un aspecto muy interesante que echa luces sobre la formación y mantenimiento del sistema de La Achirana es el relativo a la generación de los derechos de agua de los regantes. Los indígenas, por

ARMANDO GUEVARA GIL

ejemplo, creaban y revalidaban sus derechos «empotrándolos» en la infraestructura hidráulica. Debido a esa razón, María Teresa señala que los indígenas de la comunidad de Tate —entre otros— no estaban «obligados» a limpiar el canal. Tenían, más bien, el «derecho» a limpiarlo. De ese modo, creaban y ratificaban sus derechos de acceso al recurso y al uso del canal.

Esta coexistencia de intereses y la práctica compartida del riego estuvo basada en nociones de equidad localmente definidas y produjo la legitimación de los sucesivos pactos sociales acordados por los «achiraneros». Es más, promovió una suerte de «economía moral» del agua, en la que dominantes y dominados establecieron un equilibrio —inequitativo, a mi parecer—, aceptable para los regantes, debido a su propio sentido de pertenencia e identidad como regantes de La Achirana.

Oré anota que la organización para manejar el canal se mantuvo —con períodos de auge y declive— durante varias décadas, hasta que la tendencia a privatizar la extracción y uso del agua —expresada en la excavación ilegal de pozos— acabó mermando las bases de la organización colectiva. Esta observación es muy importante porque nos ayuda a poner en perspectiva los interminables debates sobre los anteproyectos y proyectos de ley de aguas —más de 15, en una década—.

Mucho se discute sobre la privatización o no del recurso, pero no se toma en cuenta que en valles como el de Ica, decenas de inversores ya han hecho realidad esta privatización, al cavar sus propios pozos sin licencias, pago de tarifas o una adecuada supervisión de la Administración Técnica del Distrito de Riego. Esto pone en riesgo la sostenibilidad de la actividad agraria y atenta contra cualquier intento de manejo integral de la cuenca.

Otra dicotomía que la autora despliega para comprender la historia de La Achirana durante el siglo XX, es la tensión entre el modelo local y el modelo estatal de irrigación. Mientras el estado ha tratado de elaborar, imponer y universalizar una forma de manejo del agua, los modelos locales —particularmente, los serranos, pero también el iqueño— han colisionado con esas pretensiones homogenizadoras y han producido una enorme variabilidad organizativa y normativa, dando lugar a fenómenos como el de la pluralidad legal —coexistencia conflictiva de sistemas normativos— y la interlegalidad —uso de normas provenientes de diferentes ordenamientos—. Es decir, las pretensiones estatales por lograr uniformidad y generalidad en la administración y normatividad del agua sólo han producido más diversidad local.

Esta observación la ha llevado a plantear una pregunta que considero brillante: «¿Es manejable un

RESEÑA

sistema de riego con una estructura heterogénea que comprende desde migrantes serranos hasta empresas agroexportadoras modernas —estas últimas sin raíces en el valle—, pasando por los pequeños propietarios campesinos, los medianos propietarios y los parceleros?» (p. 200). Como señala María Teresa más adelante:

[...] el problema mayor no es la heterogeneidad en sí, sino el desorden que la acompaña. No hay actores colectivos ni organizaciones públicas o privadas de donde brote un proyecto para el valle.

La historia del Perú nos ha enseñado —y la de La Achirana, en particular— que el buen manejo del agua no se producirá homogenizando e imponiendo modelos. Es necesario, más bien, articular la heterogeneidad e introducir criterios de equidad y eficiencia en los modelos de gestión. En todo caso, en la respuesta a la pregunta formulada por Oré estará, sin duda, la clave para sentar las bases de la adecuada gobernabilidad del agua en el Perú.